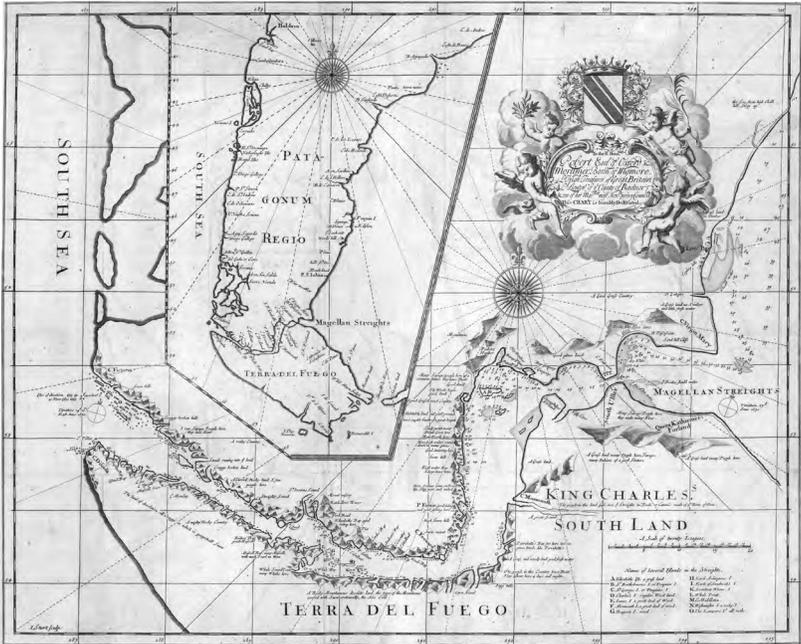




Trenes, truenos y tigres

*y otras cosas que
no hay en Tierra del Fuego*



Alejandro Winograd

Trenes, truenos y tigres

*y otras cosas que
no hay en Tierra del Fuego*



Winograd, Alejandro,

Trenes, truenos y tigres : y otras cosas que no hay en Tierra del Fuego

/ Winograd, Alejandro. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Winograd, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4472-15-1

1. Geografía. 2. Crónica de Viajes. 3. Memorias. I. Título.

CDD 910

A mis hermanos balleneros

Índice

En el fin del mundo	11
Ushuaia	13
Trenes, truenos y tigres	15
Lo que más me gusta es nadar en el mar	19
Santana	23
En Harberton	27
El ranchito	31
Llegaron en mitad de la noche	35
El vellón de oro	37
No queda más que el viento	43
Cabo San Pío	47
Gaviotines	49
Dublin	53
<i>Blanc de noirs</i>	55
Rafaela Ishton	59
En Río Grande	63
<i>Patagonia Wanderer</i>	67
Lejos, muy lejos de casa	71
Historias para contar alrededor del fuego	77
Volver	81
Diario	83
Pontón Río Negro	87
Hermano guanaco	93
No sé si debiera contarlo	99
Apéndice I: Las fuentes de la doncella	101
Apéndice II: Lo que queda en la orilla	105



En el fin del mundo

No creo que nuestro destino esté escrito; no creo que esté escrito en las estrellas, en la línea de las manos, en la borra del café, ni en ninguna otra parte. Tampoco creo en los augurios y las premoniciones; ni que los sueños sean más que eso: sueños. Sin embargo, una vez tuve un sueño que se pareció bastante a un augurio y que me hizo pensar, una vez más, que lo que yo crea o deje de creer no tiene importancia.

En el sueño, yo era un estudiante y estaba en clase. El aula en que se desarrollaba la clase tenía la forma y disposición de un anfiteatro que, aunque yo sabía que estaba en una universidad y en Francia, se parecía bastante a los laboratorios de química de mi colegio secundario. El profesor describía como había sido la dispersión de las primeras aves, y aunque no recuerdo los detalles, sí me acuerdo que, para mí, estaba equivocado. Levanté la mano y se lo hice saber; no una sino varias veces. Y aunque era obvio que mis

objeciones le molestaban, seguí insistiendo. Por fin, el profesor perdió la paciencia y me hizo callar. Y después, con voz severa, me preguntó:

“Vous êtes d’ou?”

Hasta ese momento, yo no sabía que no era yo, o mejor dicho, que no era el mismo yo que estaba soñando el sueño. Y le contesté sin dudar:

“De la fin du monde. De l’Islande”.

Eso fue todo. Pero, lo juro; un par de meses después, y casi por casualidad, conocí Islandia. Y, antes de que hubiera pasado un año desde la noche en la que soñé ese sueño, estaba viviendo en Tierra del Fuego 

Ushuaia

Un paisaje dibujado con tinta china: la avenida Maipú, el viejo edificio de Don Antonio, uno o dos autos y la luna. Y enfrente, resumida en un par de líneas, la costa del mar. El cielo era negro, como la tinta china, y el suelo, blanco como el papel. No se veían copos de nieve, pero al pie del dibujo decía: “Nieva en las calles y en las almas”.

Estaba en el cuaderno de una amiga, y aunque pasó mucho tiempo, todavía me acuerdo de cuánto me gustó el dibujo, y de lo triste que era. Y también me acuerdo que, cuando leí la frase, me di cuenta de que el cuaderno era, más que un cuaderno, un diario, y que no tendría que haberlo mirado sin permiso 



Trenes, truenos y tigres

Una de las primeras cosas que me contaron fue que, en Tierra de Fuego, no había ni truenos ni trenes. Supongo que la advertencia formaba parte de algún tipo de iniciación a la que éramos sometidos los recién llegados; porque durante las primeras semanas que pasé en la isla, fueron varios los que me recordaron que no me preocupara de los primeros ni buscara los segundos; no existían.

Uno de mis maestros de aquel tiempo agregó un tercer elemento a esa lista de carencias fundamentales: los tigres. Si uno lo piensa desde una perspectiva ambiental, la ausencia de tigres no tenía nada de sorprendente; pero lo justo es justo y las definiciones, además de ser precisas, pueden sonar mejor o peor. Y, tanto entonces como ahora, creo que esa suena muy

bien: “Tierra del Fuego; una tierra sin trenes ni truenos ni tigres”.

Mis interlocutores de aquellas primeras semanas también me enseñaron que, aunque en Ushuaia llueve trescientos cincuenta días al año, nadie que aspire a ser considerado un local posee un paraguas; que después de un atracón de cordero, hay que tomar una taza de agua hirviendo, y que las centollas, aunque tengan espinas, se comen con las manos (“como las tunas”, pensaba yo; pero en lugar de decirlo, asentía en silencio, que es lo que deben hacer los aprendices).

Lo que nadie me contó –y tuve que descubrir por mi cuenta– fue que esa primera lista de ausencias era parcial, y que en aquella Tierra del Fuego tampoco había: líneas de teléfono, vuelos regulares, pueblos ubicados en el interior de la provincia –para el caso, ni siquiera había provincia–, verduras frescas, asado de tira, rutas, cine, *delivery* de pizzas, playas de estacionamiento, agua mineral, barrios, tarjetas de crédito y otro montón de cosas que, para entonces, ya eran más o menos habituales en la mayor parte de la Argentina.

No sé si todavía queda alguien que le haga ese tipo de advertencias a los recién llegados. Pero supongo que no; porque ahora en Tierra del Fuego hay

truenos –sí, ya sé que es difícil de creer; pero también esas cosas cambian– y un tren de trocha angosta que, se supone, recuerda al que se usaba en los tiempos del presidio para traer la leña que se quemaba en el pueblo. Y aunque los paraguas siguen sin ser demasiado frecuentes, ya hace tiempo que han dejado de ser una pieza exótica. O sea que, de todo lo que faltaba entonces, lo único que sigue faltando son los tigres. Y a veces me pregunto hasta cuándo 



BUTTON ISLAND, NEAR WOOLLYA.

Engraving by Henry Colburn, Great Marlborough St. Street 1838.

Lo que más me gusta es nadar en el mar

Hacía mucho frío, y aunque es raro que nieve en medio del Canal, ese día nevaba. El cielo, el mar, las montañas y las islas entre las que habíamos fondeado se veían en blanco y negro, como si en lugar de ser un cielo, un mar, unas montañas y unas islas de verdad, fueran un paisaje de foto vieja, pero en tres dimensiones y tamaño real. Lo único que no se veía en blanco y negro, pero tampoco de un color que pareciera real, eran las algas. Uno espera que las algas, y en especial unas algas de semejante tamaño sean verdes; pero las algas del Canal no son verdes sino de un color marrón rojizo, como el de los hierros oxidados que se encuentran en la playa.

Así, visto desde la superficie, el paisaje era poco atractivo, y sobre todo, muy poco acogedor. Pero se suponía que, una vez sumergidos, eso iba a cambiar; el viento y la nieve ya no iban a poder alcanzarnos,

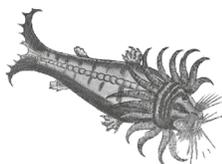
y por más frío que estuviera el aire, el agua del mar iba a estar a la misma temperatura a la que está en cualquier otro día del invierno. Y lo más importante de todo era que ese paisaje de foto vieja iba a ser remplazado por uno mucho mejor: una especie de selva que ya no iba a tener el color de los hierros oxidados sino el de las castañas asadas. Y en medio de esa selva –una selva que, a diferencia de las demás, no se sacude frente a los golpes espasmódicos del viento sino que se balancea con el ritmo de los flujos y reflujos del mar–, íbamos a encontrar, como mínimo, pejerreyes, róbalos y centollas. Y si teníamos algo de suerte un lobo marino o un delfín. Pero en Tierra del Fuego, y para el caso, en muchos otros lugares, lo que de verdad ocurre suele ser bien distinto de lo que uno espera, y aquel día no hubo ni pejerreyes ni róbalos ni nada que se les pareciera.

No sé cuál fue mi primer error, ni cómo me permití, después del primero, cometer los otros. Pero lo que sí sé es que a los pocos –¡muy pocos!– minutos, yo estaba solo, sumergido a un par de metros de profundidad y atrapado en medio de un amasijo de algas que ya no se parecían ni a hierros viejos ni a castañas asadas sino a algo mucho más difícil de describir, y sobre todo, mucho más peligroso.

Traté de alcanzar el cuchillo, pero no pude. Y en ese, o vaya uno a saber en cuál forcejeo, debo haber hecho un movimiento brusco con la cabeza porque, de pronto, sentí que la manguera de mi regulador se estiraba, y un momento después, que la boquilla –y con ella, el aire que respiraba– se escapaba de mi boca. Me resulta difícil asegurar que lo que siguió fue tal y como lo recuerdo; pero lo que recuerdo es que miré hacia arriba y vi un techo de algas que se curvaban contra la superficie, y más allá, las nubes, un parche de cielo celeste y un rayo de sol.

“Y así es como me voy a morir”, pensé.

Me gustaría decir que también pensé que era un día demasiado hermoso; que ese rayo de sol era una señal; que todavía me quedaban treinta o cuarenta segundos de aire en los pulmones y alguna carta por jugar, y que nada se termina hasta que no se termina. Pero no; lo único que recuerdo haber pensado es eso: me iba a morir. Y me iba a morir de una manera tan absurda que, además de tristeza, me daba vergüenza. Pero antes –sin pensar; a puro instinto, y seguramente a puro miedo– hice un intento más. Y, aunque no me lo merecía, las algas y los dioses del mar que viven entre las algas se pusieron de mi lado. O por lo menos, resolvieron que me podía ir.



Me dieron una pluma –una pluma de verdad–, un frasco de tinta china y un papel áspero y más gris que blanco y que, según me explicaron, estaba hecho a mano, a la manera en que se hacía el papel antes de que se hiciera como se hace ahora.

“Escribí lo que quieras”, me dijeron.

“¿Cómo qué?”, pregunté.

“Lo que quieras”, volvieron a decirme.

“Lo que más me gusta es nadar en el mar”, escribí.

Y apenas terminé, me acordé de aquel día, de las algas y del Canal. Pero lo que había escrito ya estaba escrito, y entre las cosas que me habían dado no había ninguna que sirviera para borrar 

Santana

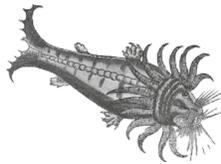
El verano anterior había aprendido la lección. Mi amigo Chichilo y yo habíamos caminado desde la bahía Buen Suceso hasta un poco más allá de la desembocadura del Policarpo. El mapa dice que son poco más de cincuenta kilómetros, pero eso no cuenta las idas y vueltas, los rodeos y las equivocaciones. Tampoco cuenta las lomas ni los cañadones, las horas perdidas a la espera de la marea o, tal vez lo más duro, esas playas de cantos rodados en las que uno arrastra los pies y en las que los cien metros se convierten en kilómetros. Y digo que había aprendido la lección porque, hasta entonces, yo era de los que creían que la mejor manera de conocer un territorio era caminando. Pero ya no; aquellos días en la huella me habían enseñado que viajar a pie consume demasiada energía, y que uno se queda sin recursos para todo lo que tiene que hacer además de avanzar. Lo que necesitaba para el próximo viaje era un caballo. O mejor

dicho, dos: uno para mí, y otro para el baqueano que me ayudara a mantenerme en la buena senda.

Llegados a este punto, uno podría pensar –como pensaba yo– que hay muchos baqueanos, y que no debía ser muy difícil conseguir uno que pudiera ayudarme. Pero no es así, o en todo caso, no lo era entonces; en la Tierra del Fuego de aquel tiempo, los baqueanos de Policarpo eran cuatro o cinco. Y todos le respondían a un único jefe: Santana.

Mi vínculo con Santana empezó de una manera curiosa; escribí una carta –una de verdad, como eran las cartas entonces– y le pedí, no recuerdo a quien, que se la hiciera llegar. La respuesta tardó un año, y no vino en una hoja de papel sino a lomos de una veintena de caballos que, casi literalmente, irrumpieron en nuestro campamento en mitad de la noche y bajo una de las lluvias más intensas que me hayan tocado. A la mañana siguiente, Santana me hizo llamar y le pidió a uno de sus ayudantes que leyera mi carta en voz alta. Cuando terminó, Santana me dijo que tenía que conocerme; que me iba a pasar un caballo –era lo que decía; los caballos no se prestan ni se alquilan, se pasan– para que pudiera ir con ellos hasta su casa de río Bueno. Y que, si nos entendíamos, al año siguiente me iba a llevar a donde yo quisiera. Y allá fuimos.

Mis recuerdos de la estadía en el río Bueno son algo brumosos, pero asumo que nos entendimos, porque al año siguiente me llevó a donde yo quise. Y mientras pudo, volvió a llevarme a donde quise cada vez que se lo pedí.



Entre las caletas San Mauricio y Herradura hay un acantilado de unos quince a veinte metros de altura. Al pie de ese acantilado hay un paso estrecho y que solo puede sortearse cuando la marea se retira. Y aun así, sea porque ese día la marea no era tan amplia, o simplemente porque el paso es tan estrecho como eso, hubo que forzar a los caballos para que bajaran a la restinga y caminaran con el agua casi al nivel de la panza. Ni los caballos ni nosotros podíamos ver el fondo con claridad, y la combinación entre las irregularidades propias de la restinga, la presencia de manchones de agar y el reflujó del mar hicieron que aquel tramo de nuestro viaje, que hubiera debido ser uno más, se convirtiera en algo bastante inquietante.

“En Tierra del Fuego no existen los paseos dominicales”, dicen. Y esa fue una de las tantas veces en

las que verifiqué que los que dicen eso tienen razón. Tanta razón tienen que, al final, Santana se dio por vencido.

Estoy seguro de que hubiera querido seguir; pero además de ser un aventurero y un amigo, Santana era Santana, y no podía dejar de darse cuenta de que los caballos estaban sufriendo. Y lo que es todavía peor –y mucho más peligroso– que tenían miedo.

“El año que viene...”, dijo. “El año que viene voy a traer herraduras con púa, y vamos a llegar montados hasta Buen Suceso”.

Era un buen plan, pero lamentablemente, uno que no pudimos cumplir. Antes del año que viene, Santana se emborrachó más de la cuenta y se hizo atropellar por un auto en la esquina de Maipú y Piedrabuena. Ojalá que en el cielo le hayan dado un buen caballo, un par de perros y un rincón al que no cualquiera pueda llegar. El resto se lo consigue solo 

En Harberton

Fue –creo que es justo presentarlo así– en el penúltimo puerto de Tierra del Fuego. Yo esperaba a un velero, o mejor dicho, a los pasajeros de un velero. La mujer esperaba al mismo velero, pero no a los pasajeros sino al capitán. Había oído que iba a navegar a la Antártida, y quería convencerlo de que la llevara con él.

Cuando me lo contó, pensé que era una pésima idea. Pero también pensé que ni los planes del capitán ni los de la mujer que lo esperaba eran asunto mío, así que no dije nada.

Los veleros, se sabe, suelen hacerse esperar, y hay pocas cosas que acerquen tanto a las personas como una espera compartida. Por eso, no hay nada sorprendente en que, al cabo de un rato, la mujer me haya contado que, antes de llegar a Tierra del Fuego, había estado en Puerto Madryn.

“Fui a visitar un primo”, me dijo. Y enseguida, y vaya uno a saber por qué, agregó:

“A lo mejor lo conocés...”.

Le contesté que no, y como la respuesta sonó más brusca de lo que hubiera querido, aclaré que no podía conocerlo porque no conocía a nadie de Puerto Madryn. Pero la mujer no se dio por vencida y me dijo que su primo se llamaba... XX.

“Sí; lo conozco”, admití. Y enseguida, para no quedar como un mentiroso, aclaré: “Me había olvidado... es la única persona de Puerto Madryn que conozco”.

Tres o cuatro años antes me habían invitado a una conferencia en Puerto Madryn, pero en lugar de ir a la conferencia, yo había conseguido un auto y fui a dar la vuelta a la península Valdés. Debe haber sido a principios de otoño, porque ya no había turistas, pero tampoco hacía frío.

Cuando estacioné frente a la isla de los Pájaros, un guardafauna se acercó y me preguntó si podía ayudarme. Le dije que no, pero ninguno de los dos estaba apurado, y se ofreció a acompañarme hasta el mirador. Me señaló qué tipo de pájaro era cada uno de los que veíamos y yo me sentí obligado a hacerle algunas preguntas. Pero después de un rato, las preguntas acerca de los pájaros se me terminaron, y le pregunté cómo era vivir en un lugar como ese, vacío de gente y rodeado de pájaros.

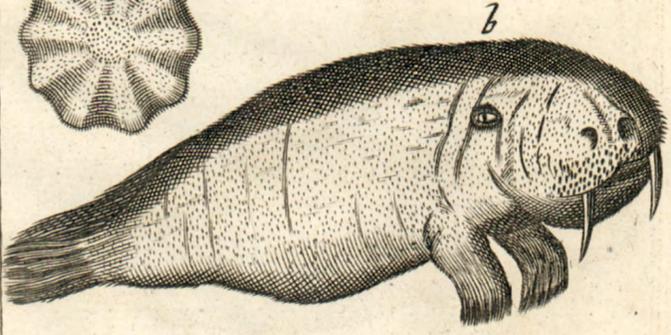
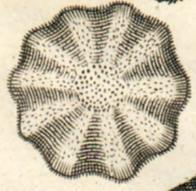
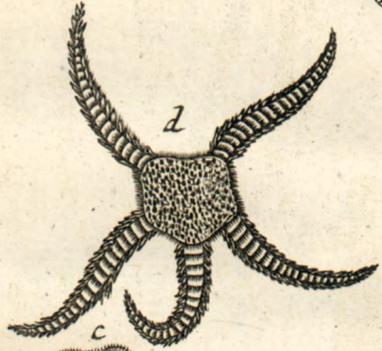
“Debe ser el mejor trabajo del mundo”, sugerí.

Me dijo que no; que él era un hombre de principios y que había muchas cosas que no aguantaba. Tantas, que estaba a punto de renunciar.

“Sí”, confirmó la mujer. “Ese era mi primo, y tal como te dijo ese día, renunció.”

“¿Y qué hace?” pregunté.

Hizo una pausa, pero fue tan corta que tanto podía ser el resultado de una duda como una pausa destinada a tomar aire. Después contestó: “Probó varias cosas... ahora maneja una ambulancia.” 



El ranchito

Le pregunté a mis amigos cuál es su lugar favorito de Tierra del Fuego.

“Bahía Lapataia”, me contestó uno. “Pero antes, cuando no iba tanta gente.”

“Alguno de los glaciares; el Martial... no, el Vinciguerra”, dijo otro.

“El canal Beagle a la caída del sol”, eligió el tercero.

Uno de mis amigos, que es pescador, dijo que el mejor lugar de Tierra del Fuego está en una vuelta del curso del Río Grande. Le pedí que fuera más preciso, pero me contestó que no podía.

“Es el lugar en donde se encuentran las mejores truchas del mundo”, explicó. “Y si queremos que sigan yendo, hay que mantener el secreto”.

El lugar preferido de algunos está muy cerca:

“La mesa del café en donde me encuentro con los amigos”.

“El living de mi casa”.

“Mi quincho. O, mejor dicho, el que era mi quincho, porque ahora es el quincho de la que era mi mujer”.

El de otros, en cambio, está en un rincón alejado de Tierra del Fuego.

“El final de la playa de bahía Valentín”.

“La desembocadura del río Varela y todo el tramo que va desde ahí hasta el límite con Moat”.

“El cabo San Pío”.

Y el de otros, en ninguna parte, o en todas a la vez.

Uno de mis amigos dijo que su lugar favorito de Tierra del Fuego era el camarote principal del velero *Caimán*.

“Pero no me nombres”, pidió. Y no lo nombro.

Cuando ya les había preguntado cuál era su lugar favorito a casi todos, uno de mis amigos me preguntó cuál era el mío.

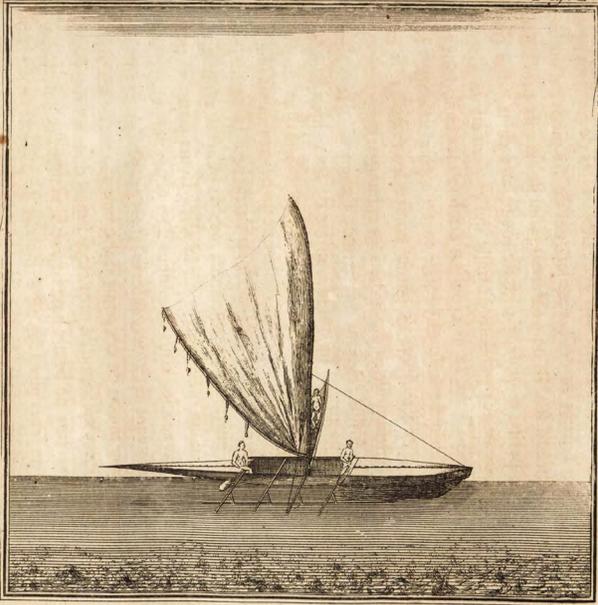
“No sé”, contesté. Pero él insistió, y entonces le dije que mi lugar favorito de Tierra del Fuego es un ranchito minero en el que, una vez, pasé la noche.

Un par de días más tarde me di cuenta de que lo que le había dicho no era cierto. El ranchito estaba tan derruido que ya no podía parar ni el viento ni la lluvia, que es lo que se supone que tienen que hacer los ranchos. Y si la noche fue soportable se debió a que, antes de acostarme, había levantado las pocas ta-

blas del piso que todavía quedaban y había encendido un fuego sobre la arena. Después, cuando el fuego se empezó a apagar, puse unas piedras para que se calentaran, volví a colocar las tablas y me dormí. Ahora que lo recuerdo me doy cuenta de que fue una imprudencia, y que unas ráfagas de viento desafortunadas hubieran bastado para que el asunto terminara muy mal. Pero tuve suerte, y no pasó nada.

Hace algún tiempo, volví a aquel tramo de la costa, y por supuesto, busqué el ranchito. Pero fue en vano; el ranchito estaba tan desaparecido que no pude encontrar ni un resto, ni siquiera las piedras 

Fig. 2.



Canot des Isles des Navigateurs à la Voile. grave par Croquer

Llegaron en mitad de la noche

Al principio, el sonido de los cascos de los caballos se confundía con el de la lluvia, pero a medida que se acercaban, fue adquiriendo volumen e identidad. Y si alguien hubiera prestado la atención suficiente, es podría haber seguido su avance: los golpes sordos, como de timbal, mientras bajaban las laderas de la punta Lobería; el martilleo metálico sobre las rocas; un primer zumbido, grave y pesado, en la playa y un segundo zumbido, mucho más agudo, en el pastizal. Y al final, el chapaleo irregular de la turba y un silencio que no era tal, porque incluía, además del sonido de fondo de la lluvia, el crujido de los cueros, el retintín de los estribos y las toses y los bufidos de algún caballo cansado o viejo.

Una vez acallados los sonidos de los caballos, se empezaron a oír los que producían los jinetes. Cada tarea, dicen, tiene su propia música, y la de aquella noche tuvo los sonidos viejos que acompañan el final de una de esas jornadas a caballo. En el grupo había,

como hay siempre, algunos más baqueanos y otros más chambones; pero cada uno hizo lo suyo, y después de un rato de ir y venir, tuvieron armado su campamento.

Los jinetes usaban unos capotes largos, pensados para cubrir, además de las monturas, las mantas y los lazos, y lo que fuera que cada uno llevaba al anca de su caballo. Pero una vez desmontados, para lo único que servían era para hacer que se parecieran a fantasmas. Y tal vez fuera por eso que la escena parecía tan irreal; como si aquella noche, bajo aquella lluvia y en aquel lugar, se hubiera abierto una de esas puertas que separan el mundo en el que las cosas son como las conocemos y todos esos otros mundos en las que son distintas. Y a través de esa puerta se había colado un grupo de jinetes fantasmas que viajaban a lo largo de la orilla del mar, quién sabe a dónde y quién sabe para qué.

Lo último que pensé antes de irme a dormir fue que, si eso era lo que había pasado, se podía suponer que al día siguiente, cuando ya no fuera de noche y cuando –era de esperar– ya no lloviera, los fantasmas se habrían ido. Y así fue; a la mañana siguiente, el cielo estaba despejado y el sol brillaba con esa luz nueva que tiene enseguida después de la lluvia. Y ahí nomás, a un par de cientos de metros de nuestro campamento, había un grupo de gauchos ocupados en secar sus monturas y entrar en calor 

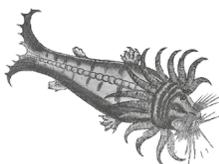
El vellón de oro

Treinta y uno de diciembre de mil novecientos noventa y nueve. Todavía faltaba un año para que empezara el milenio; pero un año no es tanto, y la humanidad, hechizada por un calendario que se llenaba de ceros, decidió festejar. Y aunque la medianoche llega para todos, la televisión, o quien sea que resuelve esas cosas, eligió un puñado de lugares para participar del que, posiblemente, haya sido el show con la mayor audiencia en la historia. Creo que los primeros festejos fueron los de Nueva Zelanda –aunque tal vez hayan sido los de Kiribati–, y los últimos, los de Samoa. En el medio, hubo imágenes de París, Londres, Nueva York, la Plaza Roja de Moscú, la Isla de Pascua, Sídney y la Gran Muralla de China. Y por supuesto, de Ushuaia.

Es muy poco lo que recuerdo del espectáculo, pero en cambio, tengo muy presente la imagen del escenario: una plataforma circular, elevada y llena de luces, y a su alrededor, y todo a lo largo del camino que

divide las dos bahías y sobre la costanera, la multitud más grande que vi alguna vez en el pueblo.

Al día siguiente la fiesta siguió en vaya uno a saber cuántos asados, y seguramente, un número significativo de resacas. Pero al otro, dos de enero del año dos mil, llegó el momento de la normalidad. O, en todo caso, de volver a vivir como se vive todos los días.



Nuestra primera escala fue en el club de la península (tiene un nombre tan absurdo que prefiero omitirlo). Yo no estaba muy convencido del plan, y sobre todo, no creía que ese fuera el día más adecuado para ponerlo en marcha; pero mi amigo Agustín había sido inflexible. Si de verdad queríamos ir a las Malvinas, dijo, necesitábamos un barco, y había que ponerse en marcha para conseguirlo.

Es probable que, puesto así y contado en el tiempo en que vivimos, el asunto suene prosaico, pero entonces no lo era. Solo habían transcurrido unos meses desde la firma de los acuerdos que permitían que los argentinos pudiéramos entrar a las islas, y hasta donde sé, los que habían ido eran muy pocos. Pero eso no era

todo; si uno quería viajar a las islas de la manera simple, todo lo que tenía que hacer era comprar un boleto en alguno de los vuelos que salen semanalmente de Santiago de Chile. Pero nosotros no buscamos la manera simple; por algún motivo –o tal vez por ninguno–, habíamos resuelto que teníamos que ir por mar y en un barco de vela. Y ahora teníamos que conseguir uno.

Estoy seguro de que existe alguna taxonomía que permite clasificar a los barcos. Y no me refiero a sus rasgos más obvios; la longitud, el tipo de aparejo, el material del que están hechos o la cantidad de pasajeros que pueden llevar sino a una división más sutil y compleja que determine si su destino está limitado a recorridos de dos o tres días en las aguas del Canal, o si están preparados para ir más allá. Y si ese “más allá” se extiende hasta el paso Le Maire y la Isla de los Estados o si, como en este caso, debía abarcar también el mar Austral, que es lo más parecido que hay en este mundo a un espacio sin límites. Pero ni mi amigo Agustín ni yo conocemos esa taxonomía, y por lo tanto, no teníamos más remedio que dejarnos llevar por las apariencias y hacer lo que hacen los que no saben y tratan de aprender: preguntar.

El programa tenía algo que, con buena voluntad, describiría como teatral, y con más crudeza, como ridículo. Una pequeña ciudad con ritmo de final de fiesta

y nosotros preguntando, barco por barco, quién iba a llevarnos a las Malvinas. Pero lo justo es justo, y aunque en muchos lugares que conozco el costado ridículo le hubiera ganado a todo lo demás, en Tierra del Fuego vale hacer ese tipo de preguntas. Y aquellos que se jactan de estar a tono, tienen que esforzarse para responderlas. Sin embargo, aquel día parecía que habíamos ido un paso más allá de lo que se debe, y aunque fueron sumamente amables, los primeros cinco o seis capitanes con los que hablamos nos dijeron que nuestro plan no era posible. Cada uno tenía sus motivos, y algunos, más de uno: las Malvinas quedan lejos; las autorizaciones necesarias para ir eran difíciles –casi imposibles– de conseguir; los trámites migratorios, engorrosos. Y por si todo eso fuera poco, nosotros solo estábamos en condiciones de pagar una tercera o una cuarta parte de lo que cuesta un viaje a los glaciares del Beagle occidental o al Cabo de Hornos en cualquiera de esos barcos.

Pero, se sabe; el que busca, cansa, y el que insiste, encuentra. Y cuando le presentamos el plan a los tripulantes de uno de los veleros más elegantes y prestigiosos del muelle, nos contestaron, sin duda alguna, que lo que debíamos hacer era hablar con Jérôme.

“¿Quién es Jérôme?”, preguntamos.

Entonces sí se mostraron desconcertados. Y creo que tenían razón; prácticamente nada es imposible, pero a cambio, es muy poco lo que se puede lograr si uno no conoce a la gente adecuada. Y, al menos en este caso, los que parecíamos no conocer a la gente adecuada éramos nosotros.

“Jérôme es el más antiguo de todos los capitanes”, digo uno de nuestros nuevos asesores.

“Y el mejor”, agregó el otro. “Vive en las Malvinas no sé hace cuántos años, y nadie conoce el Atlántico sur como él”.

Sonaba promisorio, pero la Patagonia es muy grande y no hubiera sido la primera vez que nos tocaba descubrir que nos encontrábamos en la parte equivocada. Sin embargo, no íbamos a rendirnos sin intentarlo, y les pregunté si podían ayudarnos a conseguir un número de teléfono, una dirección de correo electrónico, una dirección “de verdad” a la que le pudiéramos mandar una carta... Pero si la Patagonia es muy grande y eso hace que esté llena de planes que fracasan, también puede, al menos una vez cada tanto, darnos una sorpresa.

“No necesitan nada de eso. Jérôme está acá... o mejor dicho, allá”, contestó uno mientras señalaba hacia el extremo opuesto de la bahía. Y cuando ya nos íbamos:

“No hay manera de equivocarse; es un barco grande, de acero y el casco todavía se puede reconocer como lo que alguna vez fue: una lancha de pesca”.

Era una buena descripción, pero a pesar de lo que él había dicho, yo estoy convencido de que uno siempre puede equivocarse por lo que, a fin de reducir las posibilidades, le pregunté:

“¿Cómo se llama?”

“*Golden Fleece*”, contestó. Y después, por si fuera necesario, tradujo: “El vellón de oro” 

“... no queda más que el
viento.”

*Y si acaso no brillara el sol
y quedara yo atrapado aquí...*

Seguir viviendo sin tu amor
(fragmento)

Luis Alberto Spinetta

Hay barcos en los que todo —la forma, el movimiento, los colores, y hasta el modo en que se entrelazan las cuerdas, bronces, cadenas y maderas que se aplican en la ciencia y arte de navegar— parece haber alcanzado una especie de armonía en la que cada pieza contribuye en algo a la belleza del conjunto. No creo que el *Duchess of Albany* haya llegado a tanto; pero estoy seguro de que, en sus tiempos, debe haber sido capaz de montar un espectáculo digno de verse: imagínense; un velero de ochenta metros de eslora y más de mil ochocientas toneladas de desplazamiento; con dos cubiertas y tres mástiles listos para cargar quince, dieciocho o veinte velas, y capaz de recorrer, en un buen día, algo entre doscientas y doscientas cincuenta millas náuticas.

En 1884, el año en el que fue botado, los barcos de vapor ya cubrían la mejor parte del transporte de pasajeros y de mercancías. Pero casi desde siempre, y hasta no mucho antes, todo lo que ocurría en el mar —la exploración, el comercio, la guerra o lo que fuese— había dependido exclusivamente del viento. Y todavía quedaban algunos armadores y capitanes convencidos de que, al menos en ciertos mares y para ciertas tareas, el viento seguía siendo la única fuerza en la que se podía confiar. Y, aunque es posible que tuvieran razón, cuando se trata de barcos y de mares, siempre hay algo más. El 13 de julio de 1893, el *Duchess of Albany* varó en las proximidades de la desembocadura del río Luz. Y, sea porque en ese momento la marea estaba en su nivel más alto o por algún otro motivo, no pudo liberarse. Los tripulantes desembarcaron y se dividieron en dos grupos para ir en busca de auxilio. Y el velero quedó allí, a la merced de esa naturaleza que algunos —¡ilusos!— creen que pueden dominar.



Lo vi por primera vez cuando llevaba casi un siglo en aquel lugar, y pienso que en eso se resumen lo trágico de su destino: nueve años viviendo como viven los

barcos de vela y ochenta y tantos tendido en la playa, sin más movimientos que los que provocan el mar y la gravedad. Pero al menos, en aquella época todavía mantenía su esencia, y cuando uno lo miraba desde cierta distancia, podía creer que estaba listo para volver a navegar. Se trataba, es cierto de una ilusión, y al acercarse, se veía que el casco estaba torcido y que una buena parte del fondo había desaparecido, de manera que, con cada marea, las que alguna vez habían sido las bodegas de carga se llenaban y se vaciaban de mar.

Volví a verlo unas cuantas veces, y en cada una, lo que quedaba de barco era menos. Y todo lo que quedaba la última vez era: un esqueleto incompleto y un amasijo de fierros que solo se podía reconocer como una proa si uno se dejaba ayudar por la memoria o por la imaginación. El resto se había vuelto playa, mar o nada 



T. Pine sculp. *Page 206*
An Indian of the Island of Chiloe in pursuit of a Bull

Cabo San Pío

Dije:

“Los faros traen luz al reino de la oscuridad. Los faros, como las rocas, permanecen obstinadamente inmóviles; pero esa obstinación no es una amenaza – como sí lo es la de las rocas– sino una virtud. Los faros no mienten, y en su idioma, que es simple y preciso, responden a dos de las preguntas más difíciles que se pueden hacer: ¿En dónde estoy? ¿Hacia dónde debo ir? Los faros son el foso, la muralla y las torres de una fortaleza que nos protege del mar, que puede ser el más cruel o el más indiferente de los adversarios. Los faros celebran la vida en sitios en los que, muchas veces, la que reina es la muerte.”

Después encendí una vela –en verdad fue media vela, que era todo lo que tenía– y traté de pegarla sobre un esqueleto de madera que había en el cuartito de la base del faro.

Quería decir algo más; algo así como que era justo que, por una vez, los que pusiéramos la luz fuéramos

mos nosotros, y no el faro Y que, mientras nuestra vela estuviera encendida, el faro podía tomarse un descanso. Pero había mucho viento, y antes de que pudiera encontrar las palabras necesarias para decir algo de eso, la vela se apagó. Y como ya era tarde y teníamos que caminar un buen rato para llegar al campamento, resolvimos que no había tiempo para volver a encenderla 

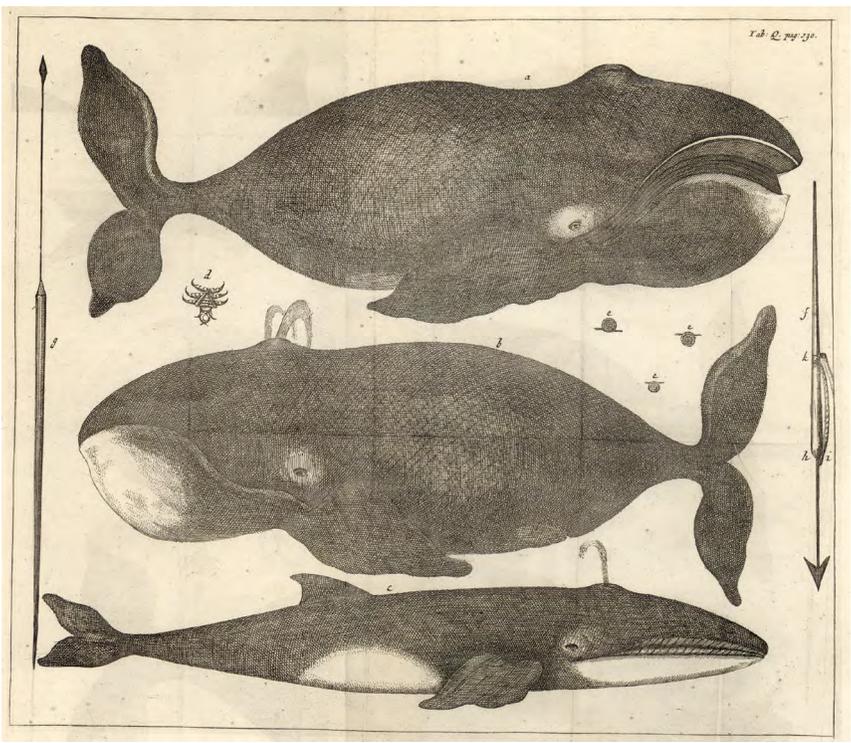
Gaviotines

Salimos de Harberton y, después de rodear la punta de la península, nos internamos en la bahía Relegada, en donde nos acercamos a la costa todo lo que permite la prudencia y, por momentos, un poco más. Después volvimos al Canal y navegamos alrededor de la isla Martillo y de un islote sin nombre sobre el que se habían posado cientos –quizás fueran miles– de cormoranes. De allí, hacia el sur y hacia el este, y en el lugar en que estábamos, eso es lo más parecido que hay a dirigirse al infinito. Pero mucho antes de llegar al infinito, el piloto dijo que no podía seguir internándose en aguas chilenas, y que si no dábamos la vuelta pronto, había buenas chances de que tuviéramos dificultades. Para entonces habíamos ingresado en un paso que corre entre una isla que estaba llena de lobos marinos y una roca sobre la que hay una baliza que, vista desde lejos, parece una catedral. A pesar de la advertencia, le pedí al capitán que siguiera un poco más, y lo hizo. Pero en cuanto dejamos atrás el paso volvió

a decir que teníamos que dar la vuelta, y esta vez no le pedí nada.

Unos pocos minutos después, cuando llegamos a la boca de la bahía de Harberton, nos encontramos frente a una bandada de gaviotines. No hay nada de raro en que los gaviotines se reúnan a pescar en la boca de una bahía, y a esta altura, supongo que a los gaviotines tampoco les debe resultar tan extraño ver a un bote como el nuestro. Sin embargo, y al menos por un momento, todos –los gaviotines y nosotros– nos quedamos inmóviles, como si quisiéramos saber cuál iba a ser el próximo movimiento de los que teníamos enfrente. Y de pronto, sin que nadie pareciera saber ni cómo ni para qué, empezamos a correr algo así como una carrera de caballos de calesita. Los gaviotines volaban a ras del agua, describiendo una especie de anillo de cien o ciento cincuenta metros de diámetro, y nosotros navegábamos por el borde interior de ese anillo actuando, según se elija, como perseguidores o perseguidos. Así dimos... no sé; cinco, seis o siete vueltas, y de repente, tan rápido como había empezado, el juego terminó. Poco después, ingresamos en la bahía y nos dirigimos hacia el muelle, en donde sabíamos que íbamos a encontrar una taza de café caliente. Los gaviotines, en cambio, se quedaron en donde estaban, haciendo lo que sea que habían estado haciendo antes

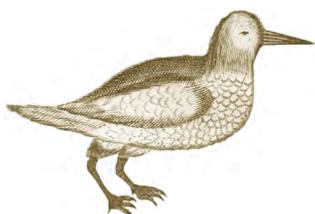
de nuestra irrupción. Desde entonces, y durante algún tiempo, cada vez que veía un gaviotín me preguntaba si había estado allí o si, cuando menos, estaba al tanto de lo que había pasado aquel día. 



Dublin

Escribí una crónica. Contaba cosas que le oí contar a un capitán griego y a un ingeniero de pesca, y algunas cosas más. La crónica empezaba así:

Estoy en una de las barras del Dublin, un pub irlandés al que se llega por una calle de pendiente imposible. Ushuaia es un puerto de frontera, y todos los manuales que se ocupan del tema –que, es cierto, no son tantos– anticipan que, si a esa condición le sumamos el frío, el pueblo estará lleno de bares. Pero, desde la barra del Dublin, no parece que eso sea cierto. El pub está repleto; hay gente en todas las mesas, en cada rincón de las barras –son dos, y creo que podrían ser diez y la situación sería la misma. Y también hay gente en los pasillos, en la entrada, en la vereda, y en un pequeño patio que hace las veces de salón de fumar y que, a pesar de que estamos en primavera, todavía tiene algo de nieve. Y si uno se dejara llevar por lo que se ve desde ahí, juraría que, por más puerto de frontera y por más frío que sea, ese es el único bar que hay en quien sabe cuántos cientos de kilómetros a la redonda.



La primera vez que fui a Ushuaia tenía doce años y no sabía nada ni de fronteras ni de bares. Y todavía me acuerdo de la sensación de haber llegado a un pueblo que, a la caída del sol, se apagaba. Después, cuando volví, ya era más grande y me di cuenta de que lo que se apagaba no era el pueblo entero, sino solamente la mitad que nosotros, a los doce años, podíamos conocer. Y que, como en tantos otros lugares –quizás en todos– había otra mitad que se encendía; una mitad en donde las reglas eran un poco distintas y en la que podían pasar cosas que, unas horas antes, estaban prohibidas. Y aunque la crónica diga lo que dice la verdad es que, cuando la escribí, hacía tiempo que Ushuaia había dejado de ser un puerto de frontera, y alrededor del *Dublin* –no ya a cientos de kilómetros, sino a un par de cuadras– había, por lo menos, tres o cuatro bares más 

Blanc de noirs

Me gusta cuando nieva sobre el mar. O, para ser más precisos, en general me gusta cuando nieva sobre el mar; pero aquel día, sobre una cubierta que se había vuelto resbaladiza, y a punto de llegar a un puerto que no conocíamos ni podíamos ver, no me gustó tanto. Por suerte, aquella es tierra de marineros, y cuando estuvimos suficientemente cerca del puerto, se oyó una voz que decía:

“¡Acá!”

Un momento después, en medio de esa bruma blanco grisáceo que hacía que todo –mar, cielo, la línea de la costa y el muelle hacia el que se suponía que nos dirigíamos– se viera igual, distinguimos algo que se parecía a la silueta de un hombre. Tenía los brazos extendidos a los lados y señalaba, en un lenguaje que podría considerarse universal, la dirección que teníamos que seguir. El capitán aminoró la marcha y corrigió ligeramente el rumbo, y guiados más por la voz

que por la vista, recorrimos los últimos metros que nos separaban del muelle de Puerto Toro.

La nevada se detuvo tan bruscamente como había empezado, y antes de que completáramos la maniobra de amarre, las nubes se abrieron y dieron lugar a uno de esos cielos y uno de esos soles que solo se ven en aquellos lugares y que parecen recién sacados de donde sea que se hacen los cielos y los soles. En otras circunstancias, ese cambio hubiera podido ser la señal que nos impulsara a seguir navegando; pero las circunstancias eran las que eran, y a pesar de que era temprano y de que todavía teníamos un largo camino por recorrer, resolvimos quedarnos allí hasta el día siguiente.

Al cabo de unos minutos, el barco se había transformado en uno de esos campamentos que siguen al mal tiempo, con todas las escotillas abiertas y un desajuste de prendas de vestir colgadas de los pasamanos. Y el sector del muelle que ocupábamos, en un mercado. Con la ayuda de Carlos –así se llamaba el hombre que nos había servido de guía– pusimos en marcha el intercambio: alguna de las muchas botellas de vino que llevábamos por centollas, lapas, erizos o algún otro de los frutos de aquellas aguas.

No recuerdo los términos en que se acordaron los primeros canjes, pero al cabo de un tiempo, tanto los

pescadores como nosotros nos encontramos en esa zona en la que los negocios se vuelven fluidos. En el medio, alguien nos trajo un pulpo y se negó a cobrar por él, y al poco rato, el mismo Carlos nos ofreció, también como un regalo, un frasco de patas de centolla conservadas en aceite. Y nosotros, supongo que para estar a la altura, abrimos varias botellas de vino con el fin de agasajar a los *traders* que nos visitaban. Mientras tanto, el tiempo no había dejado de mejorar, y ya sea por eso, por el misterioso placer que provocan las transacciones, por el vino o, muy posiblemente, por la combinación de esos y algún otro factor, todo el mundo parecía estar del mejor humor.

Cuando la rueda terminó y los pescadores se fueron, nos dispusimos a almorzar, y Carlos se quedó con nosotros. En algún momento, mi amigo Alberto que oficiaba como dispensero, me alcanzó una botella de vino y me indicó que le sirviera una copa –en verdad, un vaso de plástico– a nuestro invitado.

“Está bueno”, dijo Carlos después de probarlo.

“Sí”, le contesté. Le di una mirada a la etiqueta y agregué:

“Es un *blanc de noirs*. Eso quiere decir...”

“Yo sé”, interrumpió Carlos. “Blanco, pero hecho con uvas de vino tinto”.

Y después de una pausa, repitió su veredicto:

“Está bueno”.

Seguimos conversando, pero ya no volvió a hablar ni de ese vino ni de ningún otro. Después se fue y nosotros, a pesar de lo que habíamos resuelto, nos volvimos a poner en marcha. Pasamos la noche un poco más al sur, en una caleta perdida que no sé si tiene nombre. Y al día siguiente, el mar nos dio una de esas palizas que no se olvidan. Nunca 

Rafaela Ishton

La casa está en la calle Rafaela Ishton. Hubo un tiempo en el que Rafaela era considerada una de las últimas onas, y cuando murió, se publicaron varios artículos que decían que, con su muerte, los onas habían desaparecido. Después, el asunto se volvió un poco más complicado. Para empezar, los onas dejaron de ser onas y se pasaron a llamar selknam o, en ánimo de reproducir la manera en la que se supone que se pronunciaba selk'nam, con una oclusión glotal entre las dos sílabas. Y ya no es correcto considerar que la pertenencia a uno u otro grupo esté determinada por factores estrictamente sanguíneos, o si se prefiere, genéticos. Los antropólogos nos enseñaron que los selknam, como casi todos los grupos humanos, se vincularon con miembros de otros grupos y tuvieron ocasión de cambiar de costumbres, de religión o de idioma. Y aun así, tienen derecho a seguir considerándose selknam. Pero Rafaela murió cuando estos criterios solo eran conocidos por los especialistas; para el

común de la gente, y todavía más importante, para las autoridades de Tierra del Fuego, su muerte se llevó al último (o casi) integrante de uno de los pueblos aborígenes de Tierra del Fuego, y eso justificaba que se le diera su nombre a una calle.

Rafaela Ishton –la calle, y quizás también la mujer, pero eso no lo sé– es bastante modesta. Una sola cuadra de ripio que termina en una especie de patio cuadrangular que sirve para que los autos que entran o salen puedan dar la vuelta. Y a los lados, una docena de casas, una hostería, un par de talleres mecánicos y un gimnasio.

Cuando se empezó a construir la casa, la calle era poco más que una huella que corría al borde de un turbal y de una laguna. Y tal vez haya sido por eso que, para hacerla más liviana, se eligió construirla con la técnica tradicional de Tierra del Fuego: una platea delgada y un esqueleto de madera, y alrededor, paredes de chapa forradas con ruberoy, lana de vidrio y, como acabado interior, una combinación de placas de aglomerado y tablas ensambladas en un plano al modo machimbre. Desde entonces esa técnica, o más bien una serie de versiones modernizadas de esa técnica se convirtió en uno de los rasgos distintivos del pueblo. Hoy, en Ushuaia hay bares, restaurantes, casas elegantes, hoteles de cuatro o cinco estrellas y edifi-

cios públicos con paredes de chapa; pero en el tiempo en el que se construyó la casa de Rafaela Ishton, no. Durante los veinte o treinta años anteriores, el uso de la chapa había caído en desuso y estaba reservado a las viviendas y a los barrios más humildes.

Pero volvamos a la casa. El diseño es extremadamente sencillo: una sola planta, con forma de cuadrado y diez metros de lado, y un techo a cuatro aguas rematado con un ápside que tiene algo de pino y algo de pirámide. Y, alrededor del cuadrado, una galería con piso de tablas y una pasarela –también de tablas– que lleva al fondo del terreno sin que sea necesario pisar ni la nieve del invierno ni el barro de la primavera. El interior de la casa está dividido, apenas, por una barra y un par de tabiques que no llegan hasta el techo, y si alguna vez el baño fue una concesión a la modernidad, ya hace tiempo que dejó de serlo.

Una vez, un arquitecto dijo que la casa no tenía ni una raya de diseño. Otro la consideró tan atractiva como para atribuirse el proyecto, aun si, en el tiempo en el que se construyó la casa, ni siquiera vivía en Tierra del Fuego. Y un tercero contó cómo se había construido:

“Vino un camión cargado con paquetes de chapas y maderas. Cada paquete tenía un precinto, y en el precinto, un número. El encargado de la obra consul-

taba una libreta, y después les indicaba a los obreros qué paquete tenían que abrir y usar. Como las casas de la Misión Anglicana, y para el caso, como tantas que ocupaban los ingleses en muchas de sus colonias”.

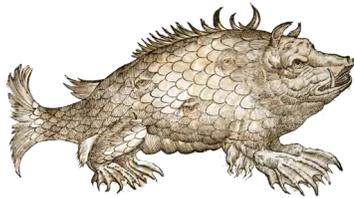
La historia suena bien, pero lamentablemente no es cierta. La casa se dibujó en una servilleta del viejo café de la Galería del Jardín, y los materiales llegaron al terreno en el orden en que se pudo comprarlos. Y en ese mismo orden; es decir, en el que se pudo, se armó la estructura y se forraron las paredes y el techo. Es más; ahora que lo pienso de nuevo, ni siquiera estoy tan seguro de que los lados tengan diez metros. Si estoy seguro, en cambio, de que, sean cuales fueren las medidas, la casa tiene un cierto estilo. Pero quiero dejar claro que esa es solo mi opinión; así que, si alguna vez, en el camino al aeropuerto o al Parque Nacional les sobran unos minutos, asómense a la calle Rafaela Ishton. Y cuéntenme que les parece 

En Río Grande

Lino Toledo era un gigante de ojos azules, como el de la canción. Y aunque no sé con qué soñaba, él también amó a una mujer pequeña, y no tuvo una sino dos casitas pequeñas para compartir con ella. En ninguna de las dos casitas hubo madre selvas, pero la primera estaba en medio de un jardín inmenso que se extendía desde el cabo San Pablo hasta donde alcanza la imaginación y que incluía, justo frente a la casa, el casco del *Desdémona*. Sin embargo, y por más inmenso que fuera, ese jardín no era suficiente para Lino. Antes de volverse sedentario, había trabajado como vaquero en las tierras de Policarpo, y cada vez que sus compañeros aprontaban caballos y perros para salir de viaje, se le encogía el corazón. Y aun si, como ya dije, no sé cuáles eran sus sueños, no me sorprendería que, al menos una noche cada tantas, soñara que se iba con ellos.

Pero todo eso vendría después; cuando ocurrió lo que voy a contar, Lino dormía en donde lo encontrara

la noche, y lo más parecido que tenía a una casa era un rancho minúsculo. O, más que un rancho, un techito, un par de paredes y un tacho de leña que compartía con Oyarzo. Pero eso no impedía que se sintiera –y quizás lo fuera– uno de los últimos hombres completamente libres que quedaban, no sé si en Tierra del Fuego o en el mundo entero.



Esto pasó en Río Grande, a donde iban a cobrar los sueldos y a comprar las conservas y los vicios necesarios para los tres o cuatro meses siguientes. Una vez completados los trámites, y como hacían casi siempre, se perdieron durante dos o tres días, cada uno por su lado, y todos con un plan más o menos parecido. En Río Grande todavía quedaban cabarets y prostíbulos, y Lino debía haber recorrido varios de cada uno. No me dio detalles, pero sí reconoció que, en algún momento de la gira, se había portado peor de lo que era aceptable, y al rato, alguien le hizo saber que la policía había salido a buscarlo. Lino, siempre atento a la escenografía y a los detalles, resolvió esperarlos en un

lugar más digno que las casitas, y después de darle algunas vueltas al asunto, eligió el bar del hotel Yaganes. Pidió un whisky, y aunque no me lo dijo, me imagino que, si hubo tiempo, después pidió otro, y después, otro más. Y al rato, sea porque Río Grande era un pueblo pequeño o porque el barman se empezó a inquietar y los llamó, llegó la policía: un sargento y tres agentes, o en todo caso, un jefe y tres subalternos que lo acompañaban.

“¡TOLEDO! ¡SALÍ O TE HACEMOS MIERDA!” – gritó el jefe desde la puerta.

Lino los miró, y aunque no me atrevo a decir que a esa altura y en esas circunstancias fuera capaz de hacer una evaluación demasiado precisa, dedicó los siguientes segundos a formarse un cuadro de situación: el número y tamaño de los policías; la forma del salón, y sobre todo, las características y la disposición de las sillas, banquetas y mesas que, llegado el caso, pudieran ser usadas como armas. Después, ni tan fuerte como para que fuera un grito ni tan despacio como para que no lo oyeran, contestó:

“Eso está por verse”.

Y en cuanto terminó de decirlo, se puso de pie y empezó a caminar hacia la salida 



PATAGONIAN.

Published by Henry Colburn Great Marlborough Street. 1838

Patagonia Wanderer

De todos los lugares a los que se puede llegar a pie, creo que Bahía Valentín es el que está más lejos. Para llegar a la bahía, sea desde el oeste o, como en nuestro caso, desde el norte, uno tiene que caminar tanto que lo más probable es que ya no quiera caminar más. Pero la naturaleza no se ocupa de ese tipo de cosas, y apenas uno pone el pie en la bahía descubre que es enorme, y que para recorrerla se hace necesario caminar un día entero. Y, todavía después de eso, a nosotros nos iba a tocar volver a subir a los Montes Negros y recorrer las crestas hasta el morro sur de la bahía del Buen Suceso. Alguien me dijo: “la suerte del caminante es dar un paso después del otro, y aunque no parece gran cosa, si uno lo repite una buena cantidad de veces, puede llegar muy lejos”. Así debe ser, pero aquel día pareció que las cosas iban a ser distintas y que, al menos una vez, nuestra suerte iba a dejar de ser la del caminante y se iba a convertir en la suerte de los que consiguen a alguien que los lleve.

Además de estar lejos y de ser enorme, Bahía Valentín se abre hacia el sur, y no hay nada que la proteja ni del viento ni del mar que llega del Cabo de Hornos. Por eso, a pesar de su aspecto –la bahía es profunda y la boca estrecha, y si uno se dejara llevar por lo que se ve en el mapa, podría concluir que se trata de un puerto seguro–, es raro que alguna embarcación la visite. Sin embargo, ahí había una; mientras nosotros comíamos lo poco que teníamos para comer, un velero amarillo se asomó a la punta Blanca, viró hacia el norte, y ya con las velas arriadas, avanzó a lo largo del borde oriental de la bahía hasta quedar a unos pocos cientos de metros de la playa. Mientras tanto, nosotros habíamos sopesado la situación y resuelto que lo único que teníamos que hacer era esperar.

Nuestro plan –si se le puede dar ese nombre– era simple; si los del velero iban en dirección a Ushuaia, les íbamos a pedir que nos llevaran hasta allí. Y si no; si se dirigían a cualquier otro lugar del mundo, todo lo que necesitábamos era que accedieran a hacer un pequeño desvío y nos dejaran al otro lado del cabo Buen Suceso, ya sea al sur o al norte de la bahía. Desde allí, por más que tuviéramos que caminar, nos habríamos ahorrado no solo unos cuantos kilómetros sino, sobre todo, el ascenso y el descenso de los Montes Negros.

Pero, simple y todo, el plan falló. Pasaba el tiempo y no veíamos que a bordo del velero se produjera ningún movimiento que sugiriera que se preparaban para desembarcar. Y más tarde, cuando nos cansamos de esperar y empezamos a llamarlos, tampoco hicieron nada que sugiriera que nos hubieran visto. ¿Cómo es posible que, llegados a un sitio como ese, los tripulantes del velero no tuvieran ninguna curiosidad por conocerlo? Y aun asumiendo que las personas vienen en todos los modelos; ¿cómo es posible que no nos hayan oído o que, si lo hicieron, no se hayan preguntado ni quiénes éramos ni qué queríamos? La respuesta es clara; no había ninguna posibilidad de que dejaran de vernos, y una vez vistos, de que nos ignoraran. Y sin embargo, eso era lo que estaba ocurriendo. Al final, cansados por la caminata y frustrados por el fracaso, nos fuimos a dormir.

A la mañana siguiente volvimos a la carga. Ahora ni siquiera podían usar como excusa la luz engañosa del atardecer. ¡No había manera de que no nos vieran! La noche anterior habíamos gritado y habíamos encendido una fogata, y ahora, bajo la luz del sol, agitábamos una bandera improvisada, hecha con un trapo anaranjado que encontramos en la orilla. Pero no sirvió de nada; los del velero seguían sin vernos, y si nos veían, vaya uno a saber qué pensaron... como si hu-

biera mucho para pensar acerca de dos personas que gritan, encienden fuego y agitan una bandera en una de las playas más aisladas de Tierra del Fuego, y quizás, de todo el mundo. Lo cierto es que a media mañana levantaron el ancla y se fueron por el mismo mar por el que habían llegado. Y un rato después, nosotros reunimos el poco equipo que teníamos y empezamos a caminar [↗]

Lejos, muy lejos de casa

U nos días antes, durante el viaje de ida, habíamos perdido un caballo. Puesto así suena peor de lo que fue; no es que lo hayamos perdido como cuando uno pierde las llaves o el control remoto del televisor, ni mucho menos, que se haya muerto. Lo que pasó fue que, mientras recorriamos una de las playas que hay entre la desembocadura de los ríos Bueno y Luz, a nuestras espaldas apareció una tropilla de caballos salvajes. Y uno de los nuestros, un carguero manso y viejo que iba suelto, se fue con ellos.

Adolfo no se preocupó demasiado por el asunto, y dijo que lo íbamos a esperar un rato. “Seguro que vuelve”, sostuvo. Pero no volvió, y al cabo de una hora, reiniciamos la marcha.

Un par de días más tarde llegamos a Bahía Thetis, y al día siguiente, emprendimos el regreso. Eso significa que, cinco o seis días después del episodio de la tropilla y el carguero, nos encontramos en la misma playa, solo que ahora, avanzando en la dirección con-

traria. Y, de repente...¡sorpresa! Ahí estaban, de nuevo, los caballos salvajes, y en medio de ellos nuestro carguero, que ya no parecía ni tan manso ni tan viejo como antes.

Uno de los gauchos se lanzó a perseguirlos, y yo, sin saber muy bien ni por qué ni para qué, decidí seguirlo. El asunto parecía bastante sencillo, y para mejor, muy entretenido: una corrida a galope tendido a lo largo de la playa, y allá, al final, una punta rocosa que iba a forzar a los caballos salvajes a detenerse. El único detalle, o mejor dicho, los únicos dos detalles eran que, primero, los caballos no son tan tontos como creen algunos, y segundo, aquellos caballos en particular conocían muy bien –mucho mejor que nosotros– el territorio en que los perseguíamos. Y fue así que, un poco antes de alcanzar el final de la playa y la punta, cambiaron de rumbo y se lanzaron, siempre a todo viento, hacia el interior. Y nosotros detrás.

Lo que siguió fue una de esas secuencias de escenas que, por uno u otro motivo, quedan grabadas a fuego en la memoria. Supongo que tiene algo que ver con eso que se dice respecto de la adrenalina, o de alguna otra de las sustancias que nos permiten pensar y actuar más rápido y con más decisión cuando de verdad lo necesitamos; pero no estoy seguro. Pero, sea

por causa de la adrenalina, o por cualquier otra, podría reproducir, casi minuto a minuto, lo que siguió.

Entre la playa y el bosque había un riacho, o mas bien, un bajo pantanoso por el que corría algo de agua, y los caballos lo cruzaron sin aminorar ni un ápice su ritmo de marcha. Y yo, aunque en cualquier circunstancia normal hubiera necesitado un tiempo para elegir el punto de cruce, hice lo mismo. Y tuve que volver a hacerlo a los pocos segundos, cuando los caballos de la tropilla dieron media vuelta y volvieron a correr hacia la playa.

Pensé que la carrera volvía a fojas cero, y que volvíamos a contar con la punta rocosa para que nos hiciera de corral. Pero ya lo dije; los caballos no son tontos, y en lugar de volver a la playa en la que los habíamos encontrado, rodearon la punta y pasaron a la playa siguiente, que remata en una especie de “mesa” que asciende en diagonal hasta una altura de unos siete u ocho metros. No se trata –y la diferencia es importante para entender lo que sigue– de un acantilado sino de una cuesta empinada y de suelo arenoso. Los caballos de la tropilla, y el gaucho detrás de ellos recorrieron la playa, siempre al galope, y cuando llegaron al final, empezaron a rodear la mesa. Después, el borde de la mesa se interpuso entre ellos y yo y los perdí de vista. Inmerso como estaba en el ímpetu de la persecución,

lo más obvio hubiera sido seguir detrás de ellos; pero en cuanto los vi desaparecer tuve una idea, o más bien —lo digo con una cierta incomodidad— una visión. De pronto, estaba absolutamente seguro de que, una vez llegados al lado opuesto de la mesa, los caballos no iban a seguir corriendo hacia adelante; lo que iban a hacer era dar la vuelta, trepar la mesa desde el lado exterior, bajar por delante y dirigirse a todo galope hacia el bosque. No sé ni como se me ocurrió ni por qué estaba tan seguro. De hecho, ni siquiera sabía si el lado exterior de la mesa era practicable. Pero a pesar de todo eso, estaba convencido, y en lugar de seguirlos, ascendí hasta las tres cuartas partes de la mesa y me detuve a esperar. Y a los pocos segundos, tal y como había anticipado, vi asomar, enfrente mío, las cabezas de los primeros caballos de la tropilla. Cuando se percataron de mi presencia, se detuvieron. Creo que, desde el inicio de la carrera, ese fue el primer momento en el que no supieron qué hacer a continuación. Pero los animales no son como nosotros, y es raro que las dudas los paralicen durante mucho tiempo. Digo esto porque en algún momento tuve la ilusión de mantenerlos allí, inmóviles, hasta que llegara el gaucho y me viera al mando de la tropilla completa. Pero, por atractivo que fuera el plan, supuse que estaba destinado a fracasar, y por lo tanto, atento a eso de que mejor es pájaro en

mano, desmonté y corrí a buscar a nuestro carguero, que todavía llevaba puesto un bozal. Y eso bastó para que el resto se sacudiera el escarmiento; dieron unos pasos, primero hacia un lado y después hacia el otro, y un momento después, se habían ido.

Volví a montar y bajé de la mesa por el mismo camino por el que había subido, y cuando llegué a la base, el gaucho ya estaba allí. Ni él ni yo dijimos mucho, pero me pareció que no esperaba encontrarme en ese lugar, y sobre todo, que no esperaba que yo llegara, ni a ese lugar ni a cualquier otro, con el carguero a la siga.

Esto pasó hace muchos años, y no estoy seguro de que todo haya sido tal como lo conté; pero lo que sí puedo decir es que, así como lo conté, es exactamente como lo recuerdo. Y también recuerdo un detalle más: apenas empezó la persecución, en el momento en que dejamos la playa, pasé al lado a un pingüino rey. El pingüino estaba solo, pero eso no me sorprendió. Lo que sí me sorprendió, en cambio, fue su mirada; en la que se combinaban sorpresa, curiosidad y una cierta insolencia. Y eso a pesar de que él debía ser el único ser vivo en quien sabe cuántos kilómetros a la redonda que estaba más lejos de su casa que yo 

To follow Page 404.



Two Californian Women, the one in a Birds Skin the other in that of a Deer.

Historias para contar alrededor del fuego

Hace algunos días, un amigo mandó un mensaje anunciando que iba a quemar algunos libros. Según entendí, en su decisión había, además de un deseo de conseguir espacio –siempre comprensible; casi todos vivimos rodeados por más objetos de los que necesitamos–, algún tipo de declaración política. Los libros que quería quemar fueron escritos por autores que mi amigo no aprecia, y reflejan visiones de la Argentina o del mundo que se oponen a lo que él piensa. Pero mi amigo es un “*homme de plume*”, y en el mismo mensaje en que anunciaba su plan, expresaba un cierto sentimiento de culpa. Y lo entiendo; en el curso de la historia, las quemaduras de libros están asociadas a posiciones y regímenes autoritarios, y fueron intentos, siempre fallidos, de acallar a los que piensan distinto. Valgan, solo como referencia parcial, la quema de libros que siguió a la unificación del imperio chino; la historia –posiblemente falsa– del incendio de la biblioteca de Alejandría; las ho-

gueras florentinas de las vanidades, y ya en tiempos mucho más recientes, las muchas quemaduras de libros ordenadas por dictaduras de allá y de acá. Y, más dolorosas, las que hicieron por cuenta propia tantos ciudadanos sometidos a ellas. Y, del otro lado, la figura solitaria de Pepe Carvalho, el detective de Vazquez Montalbán que quema sus libros en un gesto de amor desencantado.

El mensaje de mi amigo era esencialmente informativo y no pedía opiniones; pero si las hubiera pedido, yo le habría dicho que no hay nada malo en la quema de los libros propios. El crimen de las dictaduras no fue quemar libros, sino quemarlos para que otros no pudieran leerlos, o peor todavía, para dejar establecido que aquel que los leyera cometía un pecado. Pero, aunque con ese procedimiento hayan provocado la desaparición de algunos textos, ese objetivo nunca pudo –y, por suerte, nunca podrá– cumplirse. Se pueden quemar, por supuesto, las tapas y las hojas de tantos libros como se quiera. Pero los libros son algo más que el papel con el que están hechos; los libros son historias que se contaron una vez, y que se guardan a la espera del momento en que se cuenten de nuevo. Y cuando esas historias se acercan al fuego no desaparecen sino que, a la manera de los seres vivos, evolucionan, crecen y se multiplican. Estoy convencido de que, mucho antes de que se inventaran los libros

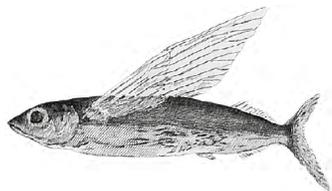
y la escritura, y al mismo tiempo que descubrían el mundo, nuestros antepasados aprendieron a contar historias. Me los puedo imaginar, sentados alrededor del fuego, oyendo la historia del que tenía una historia para contar y que, seguramente, tanto podía ser acerca de lo que había en otro lugar o de lo que no había en ninguna parte. Eso debía servirles, a la vez, para aprender y para sentirse acompañados y seguros. Y posiblemente, también para divertirse y dejar de lado, al menos por un rato, las preocupaciones de la vida de todos los días.

No sé si es una práctica que tiene cincuenta, cien o quinientos mil años... o incluso más. Pero lo que sí sé es que nunca perdió su gracia y su sentido, y que todavía hoy, cuando tenemos tantas otras maneras de aprender y de divertirnos, sigue siendo una de las cosas que mejor nos hacen sentir: convertir las cosas que nos pasaron en historias para contar alrededor del fuego 

Volver

El folleto dice:

Ushuaia está lejos de casi todo, y seguramente, antes de llegar allí, uno habrá recorrido unos cuantos lugares, y en ellos, habrá tenido ocasión de conocer restaurantes buenos y no tan buenos. Y, tal vez, alguno que otro que resulte inolvidable. Pero, aún en ese plano, Volver propone algo especial; porque en muy pocos sitios –muy pocos de verdad– uno sentirá, con tanta intensidad, la certeza de que algo nuevo, inesperado, distinto de lo habitual está por ocurrir.



El viaje había sido como a mí me gustan: corto e intenso. De Harberton a Moat, y de ahí, a bordo –¿a lomo?– de un cuatriciclo, hasta el cabo San Pío. Mientras tanto, mi amigo Gerardo había hecho llegar un pavo a Harberton, de manera tal que, a la vuelta,

podimos celebrar el día de Acción de Gracias a la manera norteamericana. Y al día siguiente –tal vez haya sido al otro–, el regreso a Ushuaia. Llegamos de noche, y antes de ir a dormir resolví dar un paseo. Y después de un par de vueltas y algunas dudas, terminé en *Volver*.

Volver es un restaurante, y hasta donde sé, uno elegante y prestigioso; pero alguna vez fue un bar, y a veces pienso que, en el fondo de su corazón, lo sigue siendo. Y sea por eso, o por cualquier otro motivo, Lino, Aldo y la amiga de Aldo –cuyo nombre, admito con vergüenza, no recuerdo–, me invitaron a sentarme con ellos y con su botella de vino.

Yo todavía iba vestido con la ropa que había usado en el campo, y supongo que eso fue lo que los llevó a preguntarme de dónde venía. Les contesté, y les dije que el cabo San Pío era un lugar que valía la pena conocer. Ellos no me preguntaron por qué, pero yo se los conté igual. Y también les dije que el faro era muy chiquito y que la sal y el viento lo habían vuelto opaco. Pasaron unos minutos, y después, siempre en relación con el faro, alguien preguntó:

“¿Vamos y lo pintamos?”

“Sí”.

Y fuimos. Y lo pintamos 

Diario

Yo creía que era una costumbre del pasado; como cambiarse de ropa para sentarse a comer, mandar postales o afeitarse con brocha. Pero no es así; en Ushuaia veo a muchos viajeros que llevan un diario. Seguramente hay tantos diarios como diarieros; desde los que escriben cada tanto y en el cuaderno que tengan a mano hasta los más sofisticados, con anotaciones diarias en sus libretas *Moleskine* o los que llevan un teclado flexible que les permite escribir con todos los dedos en la pantalla del teléfono. Pero eso no hace diferencia; todos los diarios, sean cuales fueren los instrumentos y el rigor, comparten los rasgos esenciales.

Lo que más admiro en quienes escriben diarios es la convicción de que tienen algo para contar; de que el viaje, aun si está rodeado de decenas, centenares o miles de viajes más o menos parecidos, les va a permitir presentar una experiencia, o cuando menos un punto de vista singular. No descarto –sería necio hacerlo– la posibilidad de que, en el curso de un viaje, cualquiera

de nosotros sea protagonista, o al menos testigo, de una historia que merezca ser contada. Pero tampoco creo que eso ocurra con tanta frecuencia; no, al menos, mientras uno recorre los caminos que ya recorrieron tantos otros.

Los diarios son un asunto más o menos privado, y la verdad es que ninguno de esos viajeros a los que veo ocupados en el suyo me invitó a leerlo. Y me parece que así está bien; pero tengo que reconocer que, una vez sumergido en el asunto, no puedo dejar de pensar en lo que podría contar yo si llevara un diario. De hecho, en uno de mis primeros recorridos por Tierra del Fuego, lo intenté. La verdad es que no conseguía escribir todos los días, y hasta donde recuerdo, los días en que lo hacía, tampoco tenía tanto para contar. Pero eso no importa; en el curso del recorrido nos tocó atravesar uno de esos tramos de bosque que, aunque estén en Tierra del Fuego, son tan densos e intrincados como las selvas de Birmania; o más bien como yo creo que son las selvas de Birmania, basado en alguna película y, sobre todo, en los dibujos de las historietas. Y en algún momento del cruce de ese bosque, el diario se perdió. Pasó mucho tiempo, y hay detalles que se me escapan, pero creo que el asunto fue así: yo quería tener el diario a mano, de manera tal que, si se producía algún hecho notable, pudiera anotarlo enseguida,

y con ese fin, lo había guardado en uno de esos bolsillos de red que traen unos cuantos modelos de mochila. Y en una de las tantas veces en que me vi atrapado por las ramas de los árboles, el bolsillo se desgarró y el cuaderno se quedó en el bosque.

La pérdida del diario fue un golpe; aunque si tengo que ser completamente sincero, uno no demasiado duro. Aquel día, el bosque se quedó con unas cuantas cosas, y en el curso de las horas siguientes, tuve oportunidad de comprobar que el diario no había sido la más importante. Pero, por favor, que no se malinterprete; me encantan los viajes y me encanta compartir las historias de lo que pasa en esos viajes. Lo único que quiero decir es que hay que ser cuidadoso, y que, aunque a veces duela, no todo lo que nos pasa es tan interesante como para que valga la pena ponerlo por escrito 



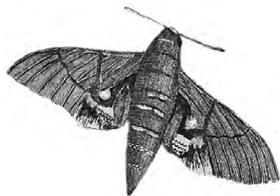
The picture of a sea lion suddenly roused or disturbed as long as he is a seal in a moving posture.

Pontón Río Negro

Siempre creí que había ocurrido en Pontón Río Negro, pero ahora, si miro el plano de Ushuaia o si me toca pasar por ahí, me doy cuenta de que estaba equivocado. La calle Pontón Río Negro nace a unos pocos metros de Karukinká y se extiende por unos novecientos metros. En la primera mitad de su recorrido, atraviesa el barrio Brown y corre entre dos conjuntos de viviendas: las “200” y el Intevu 14. En el presente, esa traza no tiene un significado particular; pero durante años esa fue la frontera que separaba los barrios civiles de los militares.

Más adelante, a partir de de Luis Vernet, Pontón Río Negro se interna en lo que podría considerarse una parte vieja de la Ushuaia nueva, o para ajustarse mejor al ritmo de crecimiento que tuvo la ciudad, a veces espasmódico pero siempre vertiginoso, una parte de la Ushuaia más o menos nueva. Los sitios más notables que hay en éste, su segundo tramo, son: el quincho del Centro de Residentes Formoseños y la rotisería Nana Rosa en donde, según dicen algunos,

se preparaban –quizás todavía se preparen– las mejores empanadas de Ushuaia. Después de la rotisería, no se me ocurre nada que merezca un señalamiento especial, pero a cambio, en esas últimas cuadras, la calle adquiere un aspecto particularmente agradable, con casas y parques bien cuidados y unas veredas anchas y con escalones, sobre las que se puede caminar con cierta comodidad. Y ahí es en donde empieza el problema; Pontón Río Negro termina en la avenida Alem y la historia que quiero contar –y de esto sí estoy seguro– ocurrió al menos dos o tres cuadras más arriba. Por lo tanto, lo que yo creía que había tenido lugar en Pontón Río Negro tiene que ser uno más de esos recuerdos de localización incierta, y lo único que puedo decir es que, si pasó, pasó en Tierra del Fuego.



La avenida Alem no era estrictamente una avenida. En términos teóricos era algo así como la circunvalación alta de Ushuaia –alguna vez hubo una circunvalación baja, pero el crecimiento de la ciudad la había desbordado por todas partes, y para entonces, era una avenida más–, y en términos prácticos, una espe-

cie de frontera que separaba la Ushuaia que ya existía de esos barrios altos que recién empezaban a colonizarse. Parece mentira, porque aún los más audaces sostenían que esas laderas nunca podrían convertirse en una parte integrada de la ciudad, y sin embargo, ahora hay tramos en los que uno atraviesa la avenida Alem casi sin darse cuenta. Pero volvamos a aquel tiempo; me habían invitado a una fiesta, y justamente porque Alem todavía señalaba un límite, me consta que la fiesta era más arriba. De hecho, debe haber sido una de las primeras veces que me aventuraba en aquella parte de Ushuaia, y sin duda alguna, la primera vez que me habían invitado a una de las casas que la formaban. Tan nuevo era el asunto que, mientras avanzaban por la avenida en busca de la calle –que, ya está dicho, no era Pontón Río Negro–, tenía la sensación de estar en uno de esos cuentos fantásticos en los que basta un paso para dejar atrás el mundo que conocemos y descubrirse en uno en el que, aunque también haya calles y casas, todo es nuevo y ligeramente amenazador.

Después de recorrer unas cuantas cuadras sin encontrar la calle que buscaba, resolví cambiar de estrategia. Y en ejecución de ese cambio, cuando llegué a la esquina siguiente, doblé a la derecha y me lancé a descubrir el mundo misterioso de la Ushuaia de arriba. No sé muy bien por qué, pero estaba convencido

de que, si seguía avanzando, en algún momento encontraría una señal que me ayudara a identificar mi destino. Supongo que, si se hubiera tratado de buscar una única casa en medio del campo, el plan hubiera tenido alguna chance de éxito. Pero en el curso de los minutos siguientes me di cuenta de que en la parte alta de Ushuaia ya había mucho más que eso. Lo que no había, en cambio, era ningún tipo de alumbrado público, y según descubrí unos momentos más tarde, tampoco había una máquina que se ocupara de eliminar la nieve y el hielo. Después de andar más o menos a ciegas durante dos o tres cuadras: ¡plam! Un planchón de hielo me sacó de rumbo y una huella demasiado profunda me impidió retomararlo, y en menos tiempo del que lleva contarlo, el auto fue a dar a una especie de cuneta congelada. Y bastó que hiciera un par de intentos para sacarlo, primero hacia adelante y después hacia atrás –o al revés, la verdad es que no lo recuerdo– para que me viera forzado a admitir que, como se dice en la jerga de la Patagonia, estaba encajado.

Durante los minutos que siguieron no pasó nada, o en todo caso, lo único que pasó fue que me convencí de que, librado a mis propios recursos, no había forma de que saliera de ahí. En consecuencia, los posibles caminos a seguir eran dos: el primero, golpear la puerta de alguna de las casas de los alrededores y

pedir ayuda. Y el otro, volver al centro a pie, tomar un taxi hasta mi casa y dejar el resto de problema para el día siguiente.

Hice un par de intentos de poner en marcha la primera solución, pero fue en vano: las tres o cuatro casas que había en esa cuadra estaban a oscuras, y aunque golpeé la puerta de cada una de ellas con cierto entusiasmo, nadie vino a atenderme. En otro momento y en otro lugar, ese habría sido un momento ideal para la autocompasión. Pero estaba en el lugar en el que estaba, y hacía demasiado frío para seguir perdiendo tiempo así que, sin más ceremonia, pasé al plan dos. Y entonces llegó la sorpresa.

No me había alejado más que unos pocos metros del auto cuando vi a tres hombres que subían, caminando, por la calle en la que me encontraba (la falsa Pontón Río Negro; ¿se acuerdan?). Me detuve y un poco antes de que me alcanzaran, les pedí ayuda con la candidez y con la tranquilidad con la que se pedía ese tipo de ayuda. Vale aclararlo porque, más que un pedido formal, lo que se hacía era admitir que uno había tenido mala suerte o que había cometido un error —o las dos cosas— y el otro, después de responder que era algo que le podía pasar a cualquiera, sugería, como si fuera el mejor programa, algo así como “vamos a empujarlo”. Después, todo lo que ha-

bía que hacer era ajustar algunos detalles y poner un poco de empeño. Y listo; de nuevo en camino.

Atento a esa práctica, murmuré algo acerca del frío y la escarcha, y enseguida, y casi como una formalidad, pregunté:

“¿Me ayudan?”

Hubo un silencio que, seguramente, duró apenas un instante más de lo que hubiera debido durar. Pero, en ese instante, se empezó a abrir esa brecha misteriosa que separa el pasado y el presente. O, peor todavía, entre lo familiar y conocido y ese otro mundo –quizás el de verdad– en el que cada uno de nosotros se las tiene que arreglar solo.

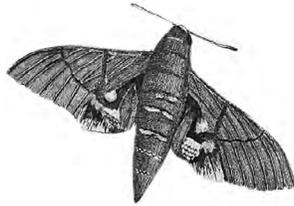
Enseguida después, y para ponerle fin a ese silencio, uno de los tres hombres dijo que no. Y los tres siguieron caminando 

Hermano guanaco

Cuando le tocaba atravesar un bosque, cruzar un río o elegir el mejor paso entre los cañadones, Oscar Zanola hacía una especie de invocación. “Hermano guanaco”, decía, “¿cuál es el camino?” Y nosotros, que éramos jóvenes y arrogantes, cruzábamos guiños y sonreíamos, y nos preguntábamos si de verdad creía en el poder de esa invocación o si lo hacía para impresionarnos.

Con el tiempo aprendí que, muchas veces, las cosas no son ni tan de una manera ni tan de la contraria, y que la apelación al guanaco podía tener mucho más sentido que el que nosotros le atribuíamos. No es que los guanacos tuvieran –al menos hasta donde yo sé– ni la capacidad de entenderlo ni algún interés en guiarlo, pero sí es cierto que, cuando se trata de atravesar un bosque, cruzar un río o sortear un morro, una de las mejores estrategias es la de buscar una huella de guanacos y seguirla. Yo no sé si es algo innato o si los guanacos aprenden con la práctica; pero tuve muchas

ocasiones de comprobar que saben elegir el mejor camino para superar cualquiera de esos obstáculos. Y aunque nunca utilicé la fórmula de Oscar, no tengo ningún pudor en reconocer que, cada vez que me encuentro en un lugar difícil, miro a mi alrededor, con la esperanza de encontrar una pista de guanacos que me indique por donde salir. A veces funciona, a veces no.



Se supone que hay un sendero, o por lo menos, una serie de mojones que señalan la ruta más conveniente para ir desde Puerto Williams a Wulaia. Y también se supone que los rumbos a seguir para llegar de cada mojón al siguiente están detallados en una guía que, según me contaron, fue el resultado de una prospección de cierta envergadura. ¿Quién sabe? Quizás sea cierto.

Antes de seguir, y para quienes no están familiarizados con el área. Desde Ushuaia hacia el este, los márgenes del canal Beagle son, al norte, la isla Grande, y al sur, la isla chilena de Navarino. La capital de Navarino es Puerto Williams; un conglomerado en el que viven

cerca de dos mil personas, que le disputa a Ushuaia la condición de ser la ciudad más austral del mundo. Y que, ya antes de eso, poseía los títulos –elegantísimos a mi modo de ver– de capital de la Provincia de la Antártica Chilena y de la Comuna Cabo de Hornos. Wulaia, por su parte, es una caleta sumamente acogedora que debe buena parte de su notoriedad a los relatos de dos viajeros: el capitán Robert Fitz-Roy y Charles Darwin. Y ahora sí; dicho esto, iniciemos la marcha.

Durante algunos kilómetros, pudimos seguir razonablemente bien la instrucciones, y dejamos atrás los primeros mojones sin demasiado esfuerzo. Pero a poco de que perdimos de vista la ciudad y empezamos a recorrer lo que podría considerarse un territorio más agreste, la guía dejó de funcionar. Por supuesto que cabe echarles la culpa a los usuarios –es lo que haría yo si fuera el autor de la guía–, y seguramente algo de eso hubo. Pero quiero decir en nuestro descargo que dos de los integrantes de nuestro grupo son navegantes expertos y que el resto de nosotros, aun sin ser expertos, ha recorrido unos cuantos sitios, a veces con instrucciones, y otras tantas, sin ellas. Y sin embargo, ni unos ni otros conseguimos hacer cuadrar, ni una sola vez, las coordenadas de la guía con las de nuestros GPSs.

Como resultado, cuando habían pasado menos de dos horas de la partida, ya estábamos como en los tiempos de antes: mirando un mapa viejo y eligiendo el camino con esa mezcla de sentido común y experiencia que, según el día, puede ser el mejor o el peor aliado del que viaja. No voy a detenerme en los detalles que, en general, no le interesan a nadie. Baste decir que pasamos la noche en un cañadón en el que había agua y buena leña, pero que, sin duda, estaba bastante alejado del supuesto sendero. Nuestro plan original –siempre de acuerdo con la guía– no incluía esa parada intermedia, pero por suerte habíamos sido previsores, y no solo teníamos una carpa y bolsas de dormir sino, también, un par de paquetes de salchichas y un cacharro en donde freírlas. Y aunque no fue una cena que merezca ser recordada, cuando menos nos fuimos a dormir sin hambre.

Durante la noche, casi inevitablemente, empezó a nevar. Y siguió nevando hasta bien entrada la mañana, de manera tal que durante las primeras horas de nuestra segunda jornada nos tocó caminar casi a ciegas y sobre un terreno que no se parecía en nada a lo que habíamos visto el día anterior. Ya habíamos renunciado hacía rato tanto a la guía como al sendero, y lo que buscábamos ahora era una cumbre suficientemente alta como para hacer de divisoria entre los cursos de

agua que se dirigen hacia el sur y los que van a Wulaia. Desde esa cumbre, todo lo que nos quedaría por hacer era elegir un arroyo y seguirlo hasta el mar, y una vez allí, caminar a lo largo de la costa hasta nuestro destino. Y eso fue lo que hicimos. Una vez más, creo que los detalles son innecesarios, y todo lo que voy a contar es que la cumbre divisoria era mucho más alta, y el arroyo que elegimos, mucho más abrupto de lo que esperábamos. Y que una vez llegados a la costa, todavía estábamos bastante más lejos de Wulaia de lo que nos hubiera gustado. Pero si en lugar de quejarse, uno camina –o en todo caso, si uno no deja de caminar mientras se queja–, se llega a todas partes, y en el final de largo crepúsculo fueguino, entramos a la casa grande. La casa grande de Wulaia es una construcción de dos pisos y un diseño relativamente elegante. Alguna vez fue un puesto de control y una estación de radio, y ahora alberga un pequeño museo. Pero en aquel entonces –durante la que podríamos llamar “la era intermedia”– la casa grande no era nada más que eso: una casa grande y abandonada que les servía de refugio a los muy pocos visitantes que llegaban hasta allí.

Habíamos despachado nuestras provisiones a bordo de una lancha de pesca que, aunque se hizo esperar un poco, finalmente llegó. Y fue así que, un par de horas después de completar la caminata, nos en-

contramos con nuestra pequeña reserva de chocolate, whisky, fiambres, quesos y todas las otras cosas que se necesitan para una estadía en un lugar así. Y, para celebrarlo, hicimos una pequeña fiesta que fue, sin duda, una de las mejores fiestas a las que me tocó asistir.

Los viajes de vuelta suelen ser aburridos, y en este caso, preveíamos que, además de aburrido, iba a ser cansador. Pero por suerte, la vida está llena de sorpresas –incluso en aquellos rincones– y en vez de recorrer, por segunda vez, el sendero inexistente, volvimos navegando. Pero esa es otra historia 

No sé si debiera contarlo

El de la boina me señaló y empezó a decir:
“Este flaquito...”

Pero Santana no lo dejó terminar la frase.

“Este flaquito no se cansa nunca, viaja a caballo conmigo y puede aguantar el trago mejor que cualquiera de ustedes”, dijo.

El de la boina se quedó callado y yo pensé que, aunque lo que había dicho Santana no fuera cierto, era el mejor elogio que me habían hecho en mucho tiempo. 



Drawn from nature by J. W. G. S. S. S.

J. Clark sculp.

Man and Woman of Terra del Fuoco.

Apéndice I

Las fuentes de la doncella

La primera doncella estaba en la plaza San Martín, donde había llegado como resultado de un proceso confuso. Se trata de una escultura que representa a una mujer desnuda recogiendo agua de una pequeña fuente, originalmente emplazada en el Parque Rivadavia. Después –y esto es lo confuso– se resolvió que la imagen ofendía la sensibilidad de los vecinos de Caballito, pero no la de los de Retiro. Y más tarde, cuando vino el tiempo de la restitución, y los hijos o los nietos de aquellos primeros vecinos ofendidos reclamaron que la doncella y su fuente fueran devueltas a su emplazamiento original.

La historia de la segunda doncella también incluye movimientos y traslados, pero en este caso terminaron con la doncella en un sitio y la fuente en otro. Existen distintas versiones, y la más conocida es la que se presenta en la película de Ingmar Bergman: una

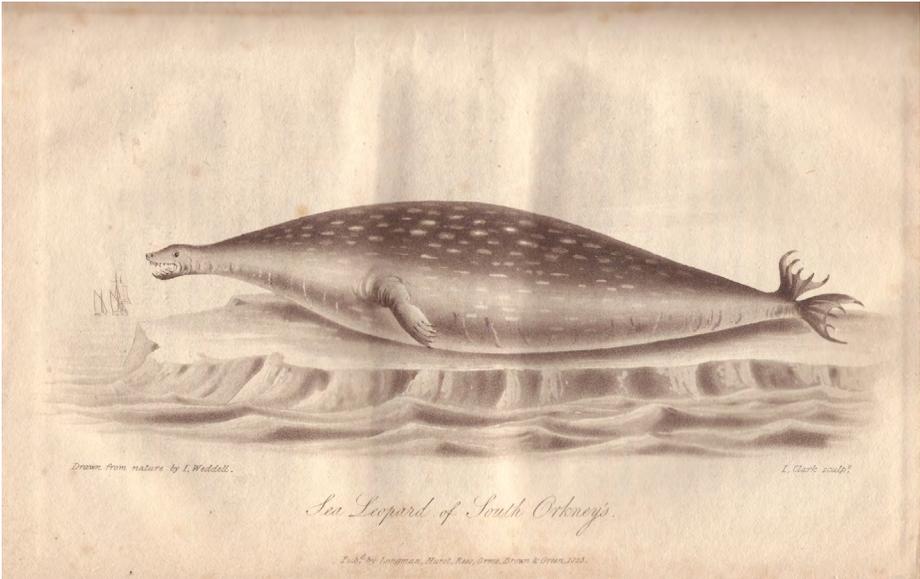
doncella es violada y asesinada por un par de pastores que, a su vez, mueren a manos del padre de su víctima. Más tarde, cuando el hombre y su mujer van al sitio en que se produjo el crimen, descubren que, en el sitio en que se hallaba el cuerpo, ha nacido un manantial de agua cristalina.

Las dos historias tienen rasgos en común e incluyen algunos elementos que se repiten en infinidad de mitos: mujeres inocentes y hermosas; odios, envidias y prejuicios; una fuente y un curso de agua que simbolizan la pureza y un final más o menos trágico que puede ser leído de varias maneras. Pero, al menos para nosotros y al menos entonces, lo mejor de esas historias no estaba ni en los detalles ni en las interpretaciones sino en la música que tenía el título cuando se lo expresaba en plural: las fuentes de la doncella.

Las fuentes de la doncella fue uno de los primeros proyectos del Museo del Fin del Mundo en los que me tocó participar. Se trataba de una muestra constituida por los grabados e ilustraciones de los libros en que se contaban las primeras expediciones que visitaron la Patagonia y Tierra del Fuego. Y su objetivo era presentar, casi sin ninguna explicación, lo que habían visto y lo que habían creído y querido ver quienes participaron en ellas.

Es probable que, desde una perspectiva museográfica actual, pueda sonar como un programa bastante prosaico. Pero en aquella Ushuaia en la cual eran tantas las cosas que no había, resultaba reconfortante mostrar algo que no se podía encontrar en (casi) ningún otro lado. Y cuando se inauguró la muestra, teníamos la ilusión de que, al menos por un momento, los visitantes pudieran sentir alguna de las cosas que se sienten cuando se descubre un mundo nuevo.

Después, con el tiempo, empecé a conocer un poco más acerca de esas campañas y de las crónicas en que se daba cuenta de ellas. Pero eso no disminuyó en nada la fascinación que me provocan esas imágenes. Y cada vez que las miro descubro algún detalle nuevo que me hace sonreír y me lleva a agradecerle al destino la gran aventura de Tierra del Fuego. Y a la hora de presentar algunas historias y recuerdos de esa aventura, me pareció justo -y casi inevitable- hacerles un lugar a las doncellas 



Drawn from nature by I. Waddell.

J. Clark sculp.

Sea Leopard of South Orkney's.

L. N. by Longman, Neel, Rees, Orms, Brown & Green, 1828.

Apéndice II

Lo que queda en la orilla

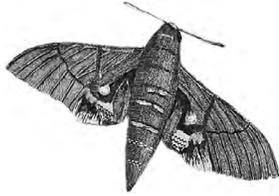
A modo de disculpa, en el prólogo de un trabajo anterior escribí:

Lo que sigue no es ni una crónica ni un relato de viaje. Tampoco es un libro de historia, ni uno de geografía. Las historias que aparecen en estas páginas son el resultado de una larguísima serie de demoras y desvíos y de la convicción de que los caminos secundarios también llevan a alguna parte.

Y si no fuera porque las repeticiones aburren, volvería a escribirlo ahora. Y agregaría lo que dijo –en su nombre, pero también en el mío– uno de los autores del *Islario fantástico argentino*:

Sobre lo que jamás fue escrito no hay modo de mentir. Por eso no todo es verdad y nada es mentira en estas páginas. Las leyendas gustan de la invención pero sólo si nombran algo radicalmente cierto. Todas estas islas figuran en el mapa, pero lo que acontece en ellas cabalga entre verdad y falsía, entre el testimonio y la buena fe.

Pero, dado que esas dos excusas ya fueron presentadas, corresponde buscar una nueva.



Nos había tocado pasar la noche en una caleta diminuta que, hasta donde sé, ni siquiera tiene nombre. Nosotros, por nuestra parte, no teníamos demasiada comida, una buena carpa ni una bolsa de dormir suficientemente abrigada. Y, ya que se trata de admitir miserias, ni siquiera teníamos una idea clara del camino que íbamos a tomar al día siguiente. Pero, ya se sabe, no existen las malas circunstancias, sino las malas actitudes. Y sea para oponerse a ellas o porque, de verdad, creía que era cierta, uno de mis compañeros nos recordó esa regla del camino que dice que, en Tierra del Fuego, todo lo que uno puede necesitar se encuentra en la orilla.

Se trata –como la mayoría de las reglas del camino– de una de esas afirmaciones que, sin ser del todo cierta, tampoco puede considerarse una falacia absoluta. De hecho, en aquella ocasión encontramos mejillones y lapas para comer, leña para cocinarlos, algas que nos permitieron aislarnos –al menos un poco– del

frío y la dureza de los guijarros de la playa y dos o tres artículos más a los que, en aquel momento, les asignamos un gran valor. Y con eso y los fragmentos de buen espíritu que pudimos reunir, nos sentamos alrededor del fuego a contar y oír contar historias. Entre las varias historias que se contaron aquella noche, la que mejor recuerda es una de mi amigo Hernán, que más que una historia era la base de una teoría del lenguaje.

Según Hernán, en todos los grupos humanos siempre hubo algunos individuos que se preguntaban por lo que había más allá del horizonte. Y —siempre según él—, cuando la duda se hacía insoportable, algunos de ellos resolvían ponerse en marcha para ir a verlo. Y ahí es en donde el asunto se pone interesante, porque una vez descubierto lo que hasta entonces no se conocía, era inevitable que sintieran el impulso de volver y contarle a sus amigos lo que habían visto. Pero eso planteaba un problema, porque si lo que habían visto era desconocido, también eran desconocidas las palabras que se debían usar para describirlo. Entonces, concluía Hernán, aquellos primeros exploradores se veían forzados a inventar nuevos giros, y a veces, nuevas palabras que les permitieran nombrar lo que hasta entonces no existía.

No sé si la teoría de Hernán es cierta, pero sería estimulante que lo fuera. Los lingüistas nos cuentan que

el lenguaje se inventó con fines prácticos: organizar una partida de caza, distribuir los recursos del grupo, establecer alianzas. Y, aunque no tengo ningún argumento convincente para contradecirlos, me gusta más creer que todo eso vino después, y que si en el pasado aprendimos a comunicarnos con palabras fue porque sabíamos que, una vez sentados alrededor del fuego, iba a ser lo mejor que podíamos hacer.

Desde aquella noche pasaron muchos años, y es posible que las cosas no hayan sido exactamente como las recuerdo. Pero no importa; la imprecisión no disminuye sino que, por el contrario, acrecienta el encanto de las historias pasadas. O, mejor dicho, convierte las historias pasadas en recuerdos, que es una de las muy pocas cosas que, de verdad, nos pertenecen. Y precisamente por eso; porque nos pertenecen, podemos compartirlos.

Entonces, y como puse al principio, a modo de excusa; seguramente, las historias que forman este libro no ocurrieron exactamente así. Pero a cambio, sí es exactamente así como los recuerdo, y por lo tanto así es como puedo compartirlas. O, para ponerlo como lo pone la regla del camino: esto es lo que quedó en la orilla, y es todo lo que tengo. Ojalá alcance 



ZAPALLO MAN.



HUEMUL WOMAN.



HUEMUL BOY.



YAPOO MAN.



YACANA MAN.



PECHERAY MAN.

FUEGIANS.

Las imágenes que ilustran este libro fueron tomadas de:

Páginas 10, 18, 80 y 109.

Robert Fitz-Roy. Los viajes del *Beagle*. Informes de la segunda expedición (1831-1836).

Colección Reservada del Museo del Fin del Mundo, Eudeba, Buenos Aires, 2016.

Páginas 1 y 66.

Philip Parker King. Los viajes del *Beagle*. Informes de la primera expedición (1826-1830).

Colección Reservada del Museo del Fin del Mundo, Eudeba, Buenos Aires, 2015.

Páginas 4, 14, 30 y 52.

John Narbrough y otros. Un relato de diversos viajes y descubrimientos recientes.

Colección Reservada del Museo del Fin del Mundo, Eudeba, Buenos Aires, 2007.

Página 34.

Louis-Antoine de Bougainville. Viaje alrededor del mundo a bordo de la fragata real la *Boudeuse* y la urca *Étoile*, en 1766, 1767, 1768 y 1769.

Colección Reservada del Museo del Fin del Mundo, Eudeba, Buenos Aires, 2005.

Páginas 46, 76 y 86.

George Shelvocke. Un viaje alrededor del mundo por la ruta del Gran Mar del Sur.

Colección Reservada del Museo del Fin del Mundo, Eudeba, Buenos Aires, 2010.

Páginas 100 y 104.

James Weddell. A voyage towards the South Pole. Performed in the years 1822-1824.

Ediciones Winograd, Buenos Aires, 2010.

